

VALIJA indiscreta

MI AMIGO EL HISTORIADOR HABLA DE LA UNIÓN

—¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Hurra, hurra! ¡Déjeme que le abraze y le felicite!

Es mi amigo el historiador, conocido ya de los lectores, quien da muestras de tal entusiasmo, y me abraza y zarandeo cariñosamente, cuando yo esperaba en una esquina al autobús para irme a casa.

—Sí —le contesto—, todos debemos felicitarlos por la ocurrida en San Francisco. Uno recobra su fe en las Democracias...

—No lo quepa a usted duda que es el golpe más duro que ha recibido Franco. De este modo se producirá su muerte por asfixia internacional, y todos podremos volver a España. ¡Si supiera usted qué ganas tengo de volver en la Puerta del Sol!

—Me lo figura... —le dije—. Mire usted, la otra noche soñé que estaba comiendo un arroz con langostinos en Santapola...

—No me hable usted de esas cosas! Eso lo sueño yo todas las noches y todas los días. Claro que no es siempre arroz con langostinos, ni tampoco es siempre en Santapola. Ustedes, los levantinos, suelen poner en sus platos artificiales algún sabor del Mediterráneo... Pero ¿qué me dice usted de un bacalao al pil-pil en Achari?

—De ese bacalao yo no le podría decir más que cosas importantes y sublimes... —afirmé convencido.

—Lo importante es que nos encontremos en la Puerta del Sol... Y luego cada cual tirará hacia donde quiera: unos al bacalao de Achari y otros a los langostinos de Santapola... Pero, en fin, nos estamos atejando mucho de San Francisco... ¿Ve usted lo que se consigue con la unión?

—¿Usted cree que eso se ha conseguido con la unión? —me atreví a preguntar a mi amigo el historiador.

—Naturalmente! —me contestó—. Ya sabe usted que yo soy un entusiasta partidario de la unión, por la cual abogamos especialmente quienes hemos empezado por separarnos de nuestros respectivos partidos, con objeto de hacer ahora posible la unión... Si no nos hubiéramos separado, cómo po-

driamos unírnos? La denuncia es la base de la unión, como, inversamente, el matrimonio es la base del divorcio... Yo siempre he sostenido que en el mundo no nos hacían caso porque no estábamos unidos. Luego, si ahora nos han hecho caso las cincuenta naciones congregadas en San Francisco es, sin duda, porque ya estamos todos unidos.

—Pues yo no me había enterado...

—Claro que ni usted ni yo nos habíamos enterado, pero el hecho es tan evidente que nadie puede negarlo... Con la unión todo se consigue, y sin la unión todo se pierde y malogra. De donde se deduce, que si hemos conseguido algo, y aun algo, es porque todos estamos unidos, aunque no lo sepamos.

—Quizás tenga usted razón... Yo, la verdad, es que salgo poco y no me entero de las cosas...

—Pero ¿usted no negará las ventajas de la unión? ¿Negará usted también que todos la desean?

—Hombre, yo no niego nada... Pero al ver cómo algunos amigos atacan a la Junta Española de Liberación, tengo mis dudas sobre ese sincero deseo de unión.

—Pues quizás en eso está el secreto de la verdadera unión. A ver, dígame: ¿qué ha hecho la Junta Española de Liberación para que no la ataquemos?

—Pues, entre otras cosas, contribuyeron con su esfuerzo al acortado de la Conferencia, pre-

parando un memorial muy documentado sobre el origen nazi-fascista del régimen de Franco, trasladándose a San Francisco, visitando una por una a todas las Delegaciones, estudiando con ellas una fórmula que hiciera posible la exclusión de Franco del organismo internacional, haciendo muchas antenas y gastando mucha saliva, trabajando, en fin, para llegar a donde se ha llegado, gracias, desde luego, a la nobilísima actitud de la Delegación mexicana que, como siempre, ha dado el pecho y ha tomado la iniciativa en la cuestión española.

—Perfectamente... Pero nada de todo eso niega la existencia de la unión, antes bien, la confirma. La unión se hizo desde el primer momento en esta forma: la Junta Española de Li-

beración combatiendo a Franco y nosotros combatiendo a la Junta Española de Liberación; pero, en fin de cuentas, todos unidos en el mismo combate. ¿No le parece a usted? La unión, amigo mío, hace la fuerza...

—Sí, sí; algo de eso he oído decir alguna vez... —le interrumpí.

—Y la unión —continuó mi amigo el historiador— sería ahora más fuerte si, además de salir de San Francisco una declaración contra Franco, hubiera solidado también una declaración contra la Junta Española de Liberación...

—No hay que ser impacientes —dije—; todo se andará...

—Ese día será el del triunfo de la verdadera unión —exclamó estupefacto mi amigo el historiador—. Antes de San Francisco, atacábamos a la Junta Española de Liberación porque creíamos que no iba a conseguir nada allí, pero una vez logrado lo de San Francisco, tendremos que seguir atacándola, porque la Junta ya no tiene razón de ser. Lo que ahora interesa es la unión, que prácticamente está hecha, y que, precisamente por eso, hay que hacerla ahora.

—Como yo escribo para el periódico de la Junta —arguyó— no me atrevo a darle la razón del todo, pero algo habrá que hacer. Y usted, ¿cómo cree que debe hacerse eso de la unión?

—¿Cómo?... Como ya se ha hecho... Todos unidos contra la Junta Española de Liberación. ¿No le parece?

—No es mala idea.

—¿Contamos entonces con usted? (Apunto su nombre...)

No tuve tiempo de contestar. Había llegado el autobús que yo estaba esperando y salté al estribo, intentando penetrar en la masa humana que llenaba el vehículo, mientras otros arriesgados pasajeros que habían subido detrás, me empujaban también hacia aquella compacta unión. El conductor entonces su salmo de circunstancias: "Suben, suben... ¡Vámonos!"

Aun gritó mi amigo el historiador desde la esquina:

—¡Todos unidos!

Y yo, entre aquellas apreturas, pensé que, en efecto, no podía estar ya más unido de lo que lo estaba en aquel instante.

72
30 Junio 45

A.P.C.E.
SIG.:

1.22/1110.